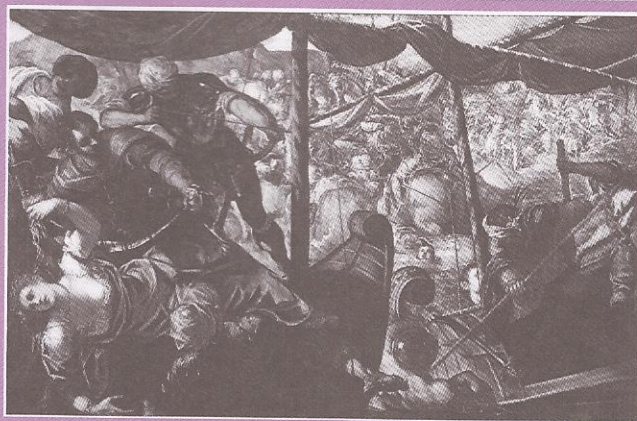




● Aprendiendo a través de símbolos. Por Quino

LA PALABRA COMO ACCIÓN SIMBÓLICA

En nuestra cultura occidental los antiguos griegos ya habían descubierto el poder de la palabra y su capacidad de crear realidades. El sofista Gorgias de Leontino, por ejemplo, en el siglo V a. C. escribió un discurso para defender a la famosa Helena de Troya, a la que la leyenda atribuía la responsabilidad de haber desatado la guerra de Troya. En el relato legendario, la situación es ya confusa porque se supone que esta bella mujer griega, casada con Menelao, había sido raptada por los troyanos y entregada al príncipe Paris. La intención de los griegos de recuperarla de sus supuestos captores troyanos dio lugar a la guerra, tema central de la *Ilíada* de Homero, que termina con la victoria griega. El discurso de Gorgias, escrito muchos años después de que el mito griego comenzara a circular (incluso siglos después) pretende demostrar la inocencia de Helena. El sofista Gorgias presenta entonces varias razones por las cuales ella debe ser absuelta. En este marco, la cuestión central es el uso de la palabra. Precisamente uno de los argumentos de Gorgias es que Helena pudo haber sido persuadida por un discurso, y por eso abandonó a Menelao. El sofista afirma: “la palabra es un gran soberano que, con un cuerpo pequeñísimo y sumamente invisible, consigue efectos realmente divinos; puede ya eliminar el miedo, ya suprimir el dolor, ya infundir alegría, ya aumentar la compasión. (...) ¡Cuántos a cuántos y en cuántas cosas han

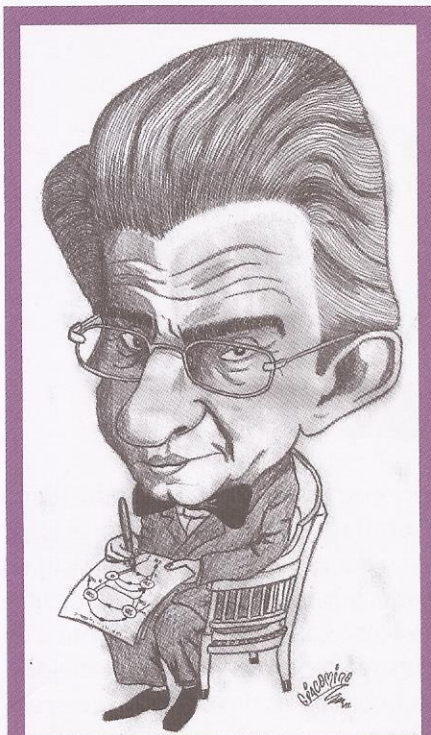


● El rapto de Helena, de Tintoretto (siglo XVI)

persuadido y persuaden componiendo falsos discursos! (...) Pues la fuerza de la persuasión en modo alguno se parece por su modo de ser a la necesidad, pero tiene su misma fuerza. (...) Porque así como unas medicinas expulsan del cuerpo unos humores y otras otros, y unas hacen cesar la enfermedad y otras la vida, así también, de las palabras, unas producen dolor, otras deleite, unas asustan, otras infunden ánimo a los oyentes, otras, con cierta persuasión perversa, envenenan el alma y la hechizan”. (Gorgias, “Encomio de Helena”)

La gran intuición del sofista fue que la palabra **crea realidades**. Si alguien se entera de que ganó un gran premio de la lotería, por ejemplo, incluso cuando en un primer momento nada haya cambiado objetivamente en su vida, por el solo hecho de escuchar el mensaje, el ganador va a modificar la manera de ver su trabajo, su casa, sus posibilidades de viajar, y una infinidad de cosas de su realidad concreta. Otro ejemplo frecuente es el de quien recibe la noticia de que va a tener un bebé o que tiene una enfermedad grave: el discurso del médico, o de quien le dé la noticia, cambiará seguramente de modo inmediato su perspectiva vital, sus proyectos, sus prioridades, muchísimo antes de que, según el caso, el bebé nazca o su propia vida se extinga. Y todo esto, gracias al poder de la palabra que, desde este punto de vista, es **acción y crea realidad**.

Ahora bien, ya en el Módulo 3, cuando hablamos del psicoanálisis de **Sigmund Freud** (1856-1939), se señaló que esta teoría pone el centro de la curación en la palabra, en la capacidad del paciente de verbalizar, estructurar, dar coherencia a lo inconsciente que se manifiesta a través de actos fallidos, sueños, etc., cuyo contenido es caótico. En el marco de esta teoría, los lineamientos del psicoanalista francés **Jacques Lacan** (1901-1981) le dan a la palabra un lugar todavía más fundamental. Lacan, que recibió la influencia del estructuralismo y de los filósofos que bebieron de esta misma fuente, como Michel Foucault (1924-1986), modificó en gran medida las premisas teóricas de la teoría freudiana, reformulando el papel de la sexualidad humana. En su obra *El lenguaje del yo - La función del lenguaje en el psicoanálisis* (1959), Lacan planteó en cambio que el inconsciente individual resulta representado con mayor precisión y propiedad por **estructuras lingüísticas** y retóricas como la **metonimia** y la **metáfora**, las cuales quiebran el fluido de la comunicación normal y revelan un mensaje reprimido. Lacan planteó que cada persona funda sobre lo imaginario y lo simbólico no sólo las relaciones funcionales con los demás sino además una cierta satisfacción de los insaciables deseos de lo Otro, expresados en sueños.



● Caricatura de Jacques Lacan.
Por Giacchino

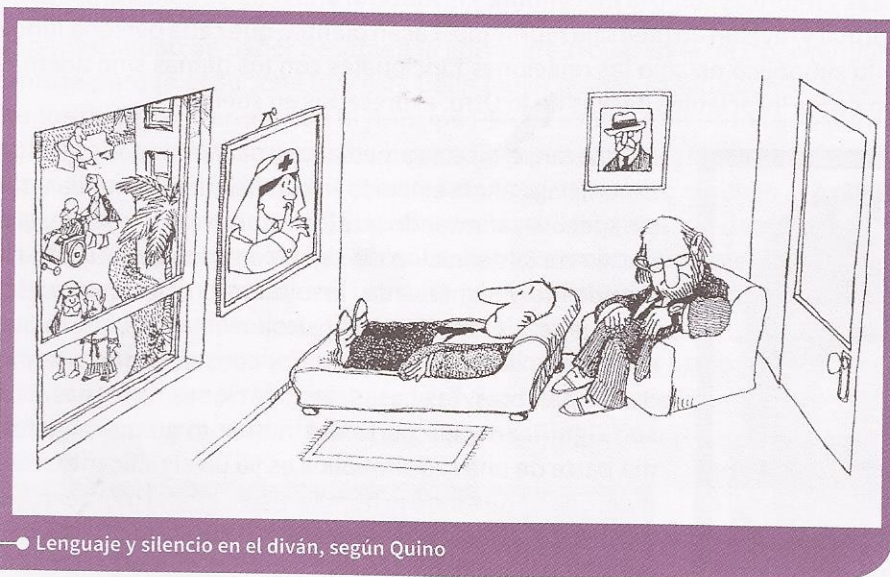
Para Lacan, el discurso mediatiza y da forma a toda nuestra experiencia. Ahora estamos en condiciones de ampliar esta perspectiva, afirmando que los estudios de Saussure, que parten de la definición de signo como un compuesto de significado y significante, resultaron cruciales para elaborar la teoría lacaniana. El psicoanalista extiende lo que el lingüista llamó "significante", y considera que además de las palabras, las cosas, las relaciones humanas, etc. son **significantes**. A partir del momento en que algo forma parte de una red simbólica es ya un significante. Esto quiere decir que todo lo humano, a partir del momento en que se vuelve tal, necesariamente es un significante que evoca, remite o refiere a un significado. Este significado es el sentido que tiene cada cosa en la **totalidad simbólica** de que disponemos. Los significantes forman, en sus mutuas relaciones, esa red simbólica que acabamos de mencionar. Lacan invierte el orden que presenta Saussure entre significado y significante: no hay un concepto que se quiere expresar o representar mediante una palabra, sino significantes, que utilizamos para dejar salir lo que en el inconsciente pugna por manifestarse.

El significante –afirma Lacan– no está ligado a un significado único ni lo está de manera definitiva e inmutable; el

pensamiento liga significantes a diferentes significados, en un fluir incesante e inconsciente. No se trata de unir un significante a un significado final y definitivo, sino un significante a una cadena de significantes. Los seres humanos estamos siempre sumidos en los efectos del significante, que lejos de ser unificador, es doble, equívoco. Lo que se dice y lo que se comprende, lo que escucha y lo que se pronuncia: la dimensión escindida del lenguaje constituyen al ser humano de manera esencial. El sujeto queda atrapado en el significante, en los significantes que estructuran su inconsciente. El esquema básico de la percepción lacaniana tiene la siguiente forma:



Insistimos en que, como se dijo en el módulo 3, la percepción se articula en el lenguaje, y se ordena simbólicamente. La percepción, en rigor, depende de la cadena de significantes que están presentes desde que nacimos. La percepción está estructurada por el lenguaje, y no se puede acceder a “lo real” sin su mediación.



Lacan profundiza la reflexión sobre esta relación que se establece entre significantes introduciendo las nociones de **metáfora** –procedimiento que consiste en sustituir un elemento por otro: el lugar de “dientes” los poetas pueden expresar “perlas de tu boca”– y de **metonimia**, que consiste en designar una cosa con el nombre de otra, en virtud de cierta relación semántica que existe entre ambas: “había 30 cabezas de ganado”, en lugar de “había 30 vacas”. Los mismos mecanismos de condensación y de desplazamiento de los que hablaba Freud respecto de los sueños y los olvidos, por ejemplo, están presentes en el psicoanálisis lacaniano en los conceptos de metáfora, que **condensa significados**, y de metonimia, que opera **desplazamientos**.

En palabras de Lacan: “La **metáfora** supone que una significación es el dato que domina y desvía, rige, el uso del significante, de tal manera que todo tipo de conexión preestablecida, diría lexical,

queda desanudada. (...) Si un aspecto, tardío, de la investigación analítica, el concerniente a la identificación y al simbolismo, está del lado de la metáfora, no descuidemos el otro, el de la articulación y la contigüidad, con lo que en él se esboza de inicial y de estructurante en la noción de causalidad. La forma retórica que se opone a la metáfora tiene un nombre: se llama **metonimia**. Designa la sustitución de algo que se trata de nombrar: estamos en efecto a nivel del nombre. Se nombra una cosa mediante otra que es su continente, o una parte de ella, o que está en conexión con ella". (J. Lacan, "Metáfora y metonimia")

Actividad N°6

A partir de la lectura del artículo siguiente y del propio trabajo de investigación, responder:

- a ¿A qué llama el psicoanálisis **transferencia positiva**?
- b ¿Cuál es la posición final que tanto Freud como Lacan tienen respecto del trabajo que puede realizar el psicoanálisis en el paciente? ¿Por qué?
- c Explicar el significado de las dos afirmaciones resaltadas en el artículo.

El señor K, la señora K, Dora y el Otro

Por Juan Ventoso

En "Intervención sobre la transferencia" (*Escritos*, Tomo 1), Jacques Lacan se sirve del ejemplo de una joven paciente de Freud, la del "caso Dora". Ella denunciaba que su padre y una señora, la señora K, tenían un amorío. El padre lo negaba, decía que eran fantasías de Dora. La paciente le planteó el problema a Freud y lo instó a que él tomara posición: se trataba, comenta Lacan, de si Freud iba a entrar o no en la misma mentira social en la que estaba embarcado el padre de Dora. Y Freud le dio la razón a Dora; le dijo, en resumen, que lo que ella decía era verdad. Esa respuesta de Freud, dice Lacan, permitió que, en ese análisis, la dialéctica de la verdad continuara y avanzara: esa respuesta fundó la transferencia positiva de Dora.

La transferencia positiva, la que es motor del análisis, es aquella que se atiene a la palabra del analizante, que hace avanzar la palabra del analizante respetando los términos propios en que habla; la hace avanzar en el campo de la verdad. Se trata del eje simbólico, entre el sujeto y el gran Otro entendido como aquel a quien nos dirigimos cuando hablamos, de quien esperamos una sanción respecto de lo que se dice, verdadero o falso.

Pero esto no agota la cuestión, porque el problema fundamental que plantea precisamente ese caso, el de Dora, es la transferencia negativa, que llevó a la interrupción del análisis. Freud, a posteriori, se pregunta qué pasó y contesta que él no había adivinado a tiempo la transferencia negativa de Dora. Lacan, en aquel artículo, ubica la transferencia negativa sobre el eje imaginario y la plantea como un momento de estancamiento en la dialéctica, donde se frena la dialéctica propia del análisis. Y encuentra, respecto de Dora, un error en la posición de Freud.

Freud insistía con que Dora estaba enamorada del señor K, el marido de la señora K. Dora decía todo el tiempo que no y Freud lo interpretaba como resistencia. Pero, dice Lacan, Dora estaba más bien